

CÓMO SE REENCARNA (Cómo se renace)

13 – 10- 1.994

Es un hecho curioso que, a pesar de que la vida de un ser humano comienza en el momento de la concepción, contemos la edad de una persona a partir de su nacimiento. Se diría que estuviésemos afirmando implícitamente, que lo que acontece antes del nacimiento tiene poca importancia para determinar el curso futuro de su desarrollo.

Sin embargo, el porvenir es el resultado de muchas y diferentes influencias: genéticas, biológicas, fisiológicas, ambientales, sociales, psicológicas, etc., todas ellas como instrumento de factores espirituales.

La vida comienza cuando una célula espermática del padre atraviesa la pared celular del óvulo o huevo de la madre. Una vez cada 28 días madura un óvulo en uno de los dos ovarios, es descargado en la trompa de Falopio u oviducto, e inicia su lento viaje hacia el útero, impulsado por pequeños cilios, semejantes a pestañas que recubren internamente las trompas.

En la mayoría de los casos el óvulo tarda entre 3 y 7 días en llegar al útero. Si no es fecundado en el curso de este viaje se desintegra en el útero al cabo de unos cuantos días, y sus restos, menores que un grano de polvo, se dispersan sin dejar huella.

Por otra parte, si hubo apareamiento, uno de los muchos millones de diminutos espermatozoides, se abre camino por el oviducto con una velocidad de 2,5 milímetros por minuto, al mismo tiempo que el óvulo está efectuando su descenso. Allí, si se une con el óvulo se produce la concepción de un nuevo individuo.

En ese momento, se combinan 23 cromosomas de cada progenitor, resultando un total de 46 cromosomas que constituyen toda la herencia biológica del nuevo ser. Cada cromosoma a su vez, está constituido por más de 20.000 partículas más pequeñas llamadas genes. Éstos contienen una compleja sustancia química, el ácido desoxirribonucleico o ADN, que es el determinante de la acción de los genes.

El ADN está formado por dos cadenas moleculares, enredada la una sobre la otra para formar una hélice de dos hebras que se asemeja a una escalera torcida sobre su eje máximo. Cuando el ADN se duplica a sí mismo, esta escalera se divide por la parte media y cada lado se reconstituye hasta formar una nueva escalera.

El organismo adulto tiene dos clases de células: las somáticas y las germinales. De estas últimas derivan los espermatozoides y los óvulos. Mientras las células somáticas, incluido el óvulo fecundado original, contienen 46 cromosomas, las células germinales, mediante un proceso llamado meiosis, se dividen finalmente en dos células, cada una de las cuales contiene tan sólo 23 cromosomas.

De ellas se forman los espermatozoides y los óvulos, con sólo la mitad de los cromosomas que tiene la célula madre original, en consecuencia los hijos de los mismos padres no son iguales entre sí. De hecho, la igualdad somática es sólo posible en el caso de gemelos idénticos que provienen del mismo óvulo fecundado original que más tarde se divide para formar individuos distintos.

De los 23 pares de cromosomas en cada individuo, a un par se le llama cromosomas sexuales o determinadores del sexo.

En el organismo femenino normal, ambos miembros de este par son de gran tamaño y se les llama cromosomas X; en el masculino, un miembro del par es el cromosoma X, en tanto el segundo miembro es más pequeño y recibe el nombre de cromosoma Y.

Existen cerca de 1.000.000 de genes en cada célula humana y, por término medio, alrededor 20.000 genes por cromosomas.

En el momento de la concepción, el óvulo, considerada como la célula más grande del cuerpo humano, es aún muy pequeño, pues su diámetro mide sólo 0,10 milímetro.

Cuando el espermatozoide penetra en el óvulo, comienza un proceso que finaliza con la fusión del núcleo del espermatozoide con el núcleo del óvulo. Los 23 cromosomas de cada uno de ellos se alinean y se escinden, con lo que se forman 46 pares de cromosomas. Ha comenzado el desarrollo, y sólo han transcurrido entre 24 y 36 horas, desde que las células germinales se encontraron. El óvulo fecundado, llamado cigoto, comienza a crecer inmediatamente y luego se divide en dos células, luego en cuatro y así sucesivamente.

El proceso de desarrollo desde la concepción hasta el nacimiento ha sido dividido comúnmente en tres fases:

1. Del óvulo
2. Del embrión
3. Del feto

Período del óvulo: Se extiende desde la fecundación hasta que el cigoto queda firmemente implantado en la pared uterina, y dura aproximadamente de 10 a 14 días.

El óvulo fecundado continúa duplicando sus células durante su recorrido desde el oviducto donde fue fecundado, hasta el útero, donde se implanta. Cuando esto se produce tiene aproximadamente el tamaño de una cabeza de alfiler y varias docenas de células. Dentro de la masa de células se forma una pequeña cavidad, que produce dos capas o racimos diferenciados: la interior y la exterior. Ésta, llamada trofoblasto, finalmente se convertirá en tejidos accesorios que protegen y alimentan al embrión, mientras la interior se convertirá en el embrión mismo.

En torno a la capa exterior del trofoblasto comienza a crecer una especie de zarcillos que servirán para que unos días después (10 a 14 días desde la fecundación) se agarre a la pared uterina, que ha preparado una membrana mucosa receptora. Prolongaciones de esos zarcillos penetran en los espacios sanguíneos aportados por el tejido materno. El nuevo individuo ha dejado de ser un organismo independiente, suelto y ha comenzado a establecer con la madre, una relación dependiente.

Período del embrión: Cuando logra fijarse en su nuevo hogar, se inicia un crecimiento rápido. Su masa celular interna que se convertirá en un embrión reconocible, comienza a diferenciarse en 3 capas distintas:

Ectodermo (externa) del cual se desarrollarán la epidermis o capa exterior de la piel, el pelo, las uñas, partes de los dientes, las glándulas de la piel, las células sensoriales y el sistema nervioso.

Mesodermo (intermedia) del que se desarrollarán la dermis o capa interna de la piel, los músculos, el esqueleto y los órganos circulatorios y de la excreción.

Endodermo (interna) del que se derivará todo el recubrimiento interior del tracto gastrointestinal, las trompas de Eustaquio, la tráquea, los bronquios, los

pulmones, el hígado, el páncreas, las glándulas salivales, las glándulas tiroideas y el timo.

Mientras la masa interior de células se está diferenciando en un embrión, las capas exteriores se están transformando en dos membranas fetales: el corión y el amnios. Ambas, junto a una tercera membrana derivada de la pared uterina de la madre (cápsula decidua), se extienden desde la pared uterina y envuelven al embrión formándose un saco lleno de líquido acuoso (fluido amniótico) que hace las veces de amortiguadores para proteger al embrión. Protege de golpes, conserva la temperatura uniforme y evita adherencias entre el embrión y la membrana amniótica.

Simultáneamente, se va formando otro saco fetal entre el embrión y la porción de pared uterina interna, donde se juntan el útero y el corión, llamado placenta. El cordón umbilical es el cable vital del embrión, a lo largo del cual, dos arterias llevan sangre del embrión hasta la placenta y una vena porta sangre de la placenta al embrión. Sin embargo, la relación entre la corriente sanguínea de la madre y el hijo, no es directa.

Los dos flujos sanguíneos desembocan en la placenta, pero están separados por las paredes celulares de la placenta, que constituyen membranas semipermeables como pantallas de poros diminutos, lo suficientemente abiertos como para permitir el paso de gases, sales y otras sustancias de pequeño tamaño molecular, pero demasiado pequeños para que puedan salir las células sanguíneas.

Penetran diversas sustancias nutrientes de la sangre de la madre: azúcares, grasas y elementos proteicos, y la atraviesan productos de desecho del embrión, primordialmente bióxido de carbono, así como algunas vitaminas, sustancias tóxicas (nicotina, alcohol y drogas) vacunas y algunos gérmenes patógenos, sobre todo los de la difteria, tifoidea, gripe, sífilis, rubéola, que al cruzar la barrera placentaria puede afectar al embrión en formación.

No hay conexiones nerviosas directas entre los sistemas nerviosos de la madre y su hijo, sólo sustancias químicas que penetran la barrera placentaria. Aún así, el estado emotivo de la madre puede influir indirectamente en el funcionamiento fisiológico del embrión, porque se produce una variedad de reacciones fisiológicas, y se sueltan en la corriente sanguínea materna, hormonas específicas (adrenalina) y otros agentes químicos.

Durante el período de embrión, el desarrollo es extremadamente rápido, pues hacia los 18 días ya ha comenzado a cobrar forma. Se ha establecido un eje longitudinal, y los lados del frente, atrás, derecha e izquierda; así como una cabeza y una cola, claramente discernibles.

Hacia el final de la tercera semana se ha desarrollado un corazón primitivo que ha comenzado a latir.

Aproximadamente a las 4 semanas, el embrión mide alrededor de medio centímetro de largo. Se ven los rudimentos de una región oral, de un tracto gastrointestinal y del hígado. El corazón está bien desarrollado y las regiones de la cabeza y el cerebro se están diferenciando más claramente. En esta etapa es aún muy primitivo, carece de brazos y piernas, no se observan rasgos distintivos, y sólo cuenta con los sistemas corporales más elementales.

Hacia las 8 o 9 semanas, el cuadro cambia notablemente. El embrión mide alrededor de 2,5 centímetros de largo. Cara, boca, ojos y orejas han comenzado a cobrar una forma bastante definida. Han aparecido brazos y piernas, con dedos rudimentarios.

En esta etapa comienzan a formarse los órganos sexuales, músculos y cartílagos, pero aún no hay actividad neuromotora bien definida. Los órganos internos, intestinos, hígado, páncreas, pulmones y riñones, adquieren forma definida e inician algunas funciones.

El período del embrión está caracterizado por un desarrollo extremadamente rápido del sistema nervioso. La cabeza es grande en comparación con otras partes del cuerpo. La obstaculización mecánica o química del desarrollo en este período (trauma, drogas, microorganismos) causarán daño permanente al sistema nervioso, con mayor probabilidad que un accidente equivalente en etapa posterior.

Período del feto: desde el tercer mes de gestación comienza el tercer período. Durante esta etapa los diversos sistemas corporales rudimentarios se desarrollan completamente y comienzan a funcionar. El feto se vuelve capaz de reaccionar al estímulo táctil. El tronco se flexiona y la cabeza se extiende, con lo que las funciones motoras se diferencian paulatinamente, y se tornan más complejas. Al final de la octava semana comienza a desarrollarse el sistema reproductor.

Al cabo de 12 semanas, el feto mide 7,5 centímetros de largo y pesa aproximadamente 20 gramos. Comienza a parecerse a un ser humano, aún cuando la cabeza es desproporcionadamente grande. Los músculos están formados y pueden observarse movimientos espontáneos de los brazos y las piernas. Han empezado a formarse las uñas y los párpados, y se reconoce el sexo fácilmente. Sin embargo, el sistema nervioso está aún muy incompleto.

A las 16 semanas la madre puede sentir los movimientos del feto, que ya mide 11,5 centímetros de largo.

Hacia la semana 20, llega a 25 centímetros de largo y pesa 250 gramos. Le salen pelos en el cuerpo y la cabeza. La boca se proyecta en un movimiento precursor de succión y las manos tienen capacidad para agarrar.

A las 24 semanas los ojos están formados completamente.

La edad fetal de 28 semanas es importante, porque señala el límite entre la viabilidad, es decir, la posibilidad de vivir si nace, y la no viabilidad. Los sistemas nervioso, circulatorio y otros han quedado estructurados como para funcionar en el ambiente extrauterino, aunque haya que prestarle cuidados especiales.

El período entre las 28 semanas hasta el nacimiento a término (36-40 semanas), está caracterizado por un nuevo desarrollo de las estructuras y funciones fundamentales del cuerpo. El aumento de peso y de estatura continúa muy rápido. Gran parte del aumento de peso durante los 3 últimos meses proviene de una capa de grasa situada debajo de la piel, que ayudará a aislar al recién nacido, de los cambios de temperatura.

Cada semana de permanencia del feto en el útero materno aumenta la probabilidad de supervivencia y desarrollo normal.

A comienzos del noveno mes, el feto que antes flotaba ingravido y libre, ha crecido tanto que sus movimientos dentro del útero son muy restringidos. Por lo común, adopta una postura con la cabeza hacia abajo, buscando la comodidad de un mayor espacio en el útero con forma de pera invertida. Por consiguiente, la mayoría de los bebés nacen con la cabeza por delante, que es la forma más segura y sencilla de nacer.

Toda la descripción anterior puede calificarse de pautas normales de desarrollo prenatal, pero tales condiciones pueden darse cuando el organismo y su

entorno quedan comprendidos dentro de los límites normales. En realidad, existen muchas variaciones en el ambiente prenatal que puede ejercer influencias importantes en el curso de la formación fetal:

Edad de la madre

El embarazo en la adolescencia aumenta el riesgo para la madre y el niño.

La gestación en mujeres mayores de los 35 años, las expone a enfermedades durante el embarazo y a partos más difíciles. Las mayores de 40 años tienen más riesgo de fetos con anormalidades cromosómicas, especialmente síndrome de Down o mongolismo, niños con peso inferior a lo normal o muertos antes del nacimiento.

Enfermedad de la madre durante el embarazo

Rubéola: es una de las enfermedades virales más graves de los primeros 3 meses, con grandes probabilidades de producir deformaciones congénitas. La sordera, la ceguera, el retraso mental y las malformaciones cardíacas tiene una frecuencia del 50% si se produce en el primer mes, del 22% en el segundo mes y de 6%, en el tercer mes.

Sífilis: la barrera placentaria no permite el paso hasta después del cuarto o quinto mes de gestación. Puede producir aborto o un niño muy débil, deforma o mentalmente deficiente.

Toxemia: trastorno de origen desconocido que se manifiesta con elevación de la presión sanguínea, aumento excesivo de peso y retención de líquido en los tejidos, síntomas que si no se corrigen a tiempo pueden dar lugar, a veces, a convulsiones e incluso la muerte.

Deficiente nutrición de la madre durante el embarazo

Anemia: por deficiencia de hierro en la ingestión, con la consecuente disminución en la formación de glóbulos rojos.

Dietas pobres en proteínas: expone al feto a enfermedades graves y a tener menor cociente intelectual.

Drogas: durante la última década ha aumentado la preocupación por los efectos potencialmente dañinos sobre el feto en desarrollo, de la ingestión materna de drogas diversas. Se sospecha de muchos medicamentos como antibióticos, hormonas, esteroides, anticoagulantes, narcóticos, quinina, dosis excesivas de vitaminas A y K. Algunos, suministrados sin conocer sus efectos adversos, provocaron deformidades muy marcadas; como la talidomida que se administraba hace 50 años como favorecedor del sueño, provocó nacimientos de bebés sin brazos ni piernas.

Nicotina: las madres fumadoras tienen niños más pequeños, huesos más cortos, alteraciones neurológicas o intelectuales.

Alcohol: el alcoholismo crónico en la mujer embarazada produce el síndrome alcohólico en el feto que obliga a la desintoxicación inmediata después del nacimiento. El niño puede nacer prematuramente, padecer microcefalia, deformaciones, enfermedades congénitas de ojos oídos, defectos cardíacos, dedos de los pies y manos supernumerarios, etc.

Drogas adictivas: nacen niños drogadictos que al nacer sufren el síndrome de abstinencia, con irritabilidad, llanto sostenido, vómitos, molestias respiratorias y convulsiones.

Radiaciones: La exposición a los rayos X entre la fecundación y la implantación destruye el óvulo, durante el ciclo embrionario produce lesiones cerebrales, mutación genética y muerte.

Complicaciones durante el parto:

La facilidad o dificultad en el parto y alumbramiento, y el tiempo transcurrido antes de que el niño comience a respirar, pueden afectar su bienestar. Los principales peligros se relacionan con la rotura de vasos sanguíneos del cerebro por presión intensa sobre la cabeza fetal, y la falta de oxígeno, por compresión en el canal de parto, o por retraso de la respiración después de la separación del aporte materno. Las lesiones de las células nerviosas pueden producir graves lesiones cerebrales o la muerte. La anoxia suele dañar con mayor frecuencia las células del tallo cerebral, con lo que aparecen daños motores como parálisis de piernas o brazos, temblor en el rostro y los dedos, incapacidad de accionar los músculos vocales.

El término general de parálisis cerebral describe toda una variedad de defectos motores vinculados con el daño celular del cerebro, quizás a consecuencia de la falta de oxígeno al nacer.

Parto prematuro: Cuando el período de gestación es menor a las 26 semanas (prematuros extremos) y el peso del feto es menor a 1 ½ kilo, las probabilidades de sobrevivir disminuyen notablemente. Los que tienen 34-38 semanas y un peso acorde con su edad gestacional, aunque son más vulnerables, pueden normalizarse con atentos cuidados. Los trastornos más comunes en la prematuridad son respiratorios y neurológicos.

Fetos post-maduros: con una gestación mayor de 40-46 semanas, la mortalidad aumenta considerablemente, pero si se logra la sobrevivencia, son frecuentes los trastornos neurológicos.

En este proceso biológico, la herramienta que llamamos cuerpo humano se forma y se prepara, para ser utilizada por el espíritu en su nueva experiencia encarnada, con el fin de desarrollar sus aptitudes y efectuar el programa elaborado para su progreso.

Dijo David Grossvater:

Cuando llega el pedido de la reencarnación inmediata del espíritu, éste es llevado a una especie de reunión entre amigos, entre hermanos, entre seres más adelantados que se prestan amorosamente para ayudar al espíritu en su afán de rehabilitarse. Ahí son analizados los casos, los debe y haber, en una especie de tribunal fraterno que no condena, que no juzga, sino aconseja y ayuda a desenvolverse al hermano, a indicarle serenamente al ofuscado espíritu, la ruta exacta para resarcir los daños causados, los puntos a rectificar en cada una de las futuras existencias, ya que muchas veces, los errores cometidos en una sola jornada son tantos, que se necesita para su reconstrucción varias encarnaciones sucesivas. Una vez asesorado el espíritu, se le indica que la ley no busca santos ni héroes, sino una labor fructífera y perdurable; el tiempo no importa, la cosa es acción.

Y así, ese espíritu, consolado y fortificado, se imanta hacia los futuros padres que le esperan con los gérmenes que él mismo se ha hecho merecedor, ora en una familia enfermiza, ora en un país donde aún existe la esclavitud y, en fin, es atraído allí mismo donde está el mal por él diseminado. Ahora es para arrancarlo, para sanear lo que ha manchado y eliminado con sus prédicas o sus actos; dignificar lo que ha denigrado y hacerse heraldo de la reconstrucción.

Finalizados los preparativos para tomar un nuevo cuerpo, se acerca a la pareja señalada, en su momento oportuno y desde ese mismo instante ya está

conectado fluídicamente, magnéticamente, todo su ser con los dos elementos materiales aportados por sus padres, reunidos con el suyo propio, empieza la gestación y se efectúa la reencarnación.

Siempre la causa y efecto andan parejos, son los pensamientos y acciones anteriores que imprimen las particularidades en el futuro ser humano que se sitúa en el círculo que se ha hecho el mismo.

Carga el espíritu en sí, en su conciencia – archivo, todos los hilos interrumpidos de su última jornada y al desencarnar se desarrolla automáticamente su pergamino fluídico que en forma de película, va haciendo desfilar ante sí, los hechos consumados, las fallas cometidas, las leyes universales transgredidas, las labores inconclusas y las pasiones no frenadas hasta el momento presente. Está sometido pues, el espíritu, al análisis de su propio arsenal y va pesando “debe y haber”. Hecho importante e ineludible antes de cada encarnación es su propia auscultación, porque de su resumen brota el balance que presenta la manera y las facilidades de su continuación, dentro de la nueva incorporación.

Se ha notado que los espíritus que llegan al espacio con un bagaje moral de hechos llenos de horrores, de maldades, por cuya consecuencia se hallan frente a frente de sus acciones perennemente atestiguadas por la presencia de los que han sido sus víctimas en la Tierra, buscan ahora escape de su propia película y horrorizados, buscan la reencarnación inmediata para zafarse de esa visión propia y conquistar pronto su rehabilitación, edificando lo que han destruido. La ley cotiza las acciones en igualdad de circunstancias; es una ley rígida, pero que en su amor, reside dentro del mismo espíritu; ya no es un ser que se presenta vendado, empuñando la bíblica espada para caer encima del desventurado para anonadarlo, no; la ley está en el mismo ser que la carga dentro de sí mismo junto con sus propias consecuencias que lo llevan a reencarnar en ambientes donde recibe lo que se ha labrado. La herencia misma, en lo material, es un aspecto del cumplimiento de la justicia.

La causa se refleja en el efecto y se posa donde debe cumplirse la rehabilitación.

Y todo ello es en afinidad, es la lógica consecuencia, es el retruque de las acciones, es el ambiente formado por uno mismo en sus afecciones. Nadie lo empuja hacia allí; son sus hechos que lo llevan por la ley de gravedad y allí aprende lo que necesita.

El espíritu bondadoso y humilde también está sujeto a esta misma ley, pero como en su fondo sólo reside la bondad y el ansia de saber, es a estos mismos puntos que lo lleva su afección; su encarnación no se lleva a cabo sino en forma distanciada, éste, en su libertad de peso-conciencia, puede deambular por el infinito estudiando en los millones de soles y planetas, recreándose en el espacio infinito que le sirve de estudio eterno, y cuando reencarna lo hace a base de sus hechos bondadosos y progresistas, y lo hace en ambientes sanos, por sus merecimientos propios, con todas las facilidades que el progreso presente. Estos sirven de maestro para los demás, ya que su afección es bondad, estudiar y enseñar; son los meteoros que cruzan entre la humanidad doliente e ignorante dejando siempre, estelas de luz y bondad.

Mientras que el espíritu bueno y sabio es libre en el espacio, y libre para buscar los lugares de sus futuras reencarnaciones, el espíritu que ha luchado contra el progreso y contra la libertad, se halla encadenado con las cadenas que él mismo ha forjado para los demás y lo acompañan en su sucesivas

reencarnaciones hasta que él mismo luche por desencadenarse, haciéndose apóstol de la libertad y de la justicia.

Leemos en “El libro de los espíritus”:

La reencarnación es una necesidad de la vida espiritual como la muerte es de la vida corporal.

Los espíritus presienten la reencarnación. Saben que han de volver al cuerpo, como el encarnado sabe que morirá un día, sin saber cuando sucederá.

Hay espíritus que no piensan en la reencarnación, si siquiera piensan en ella, ni la comprenden, lo que depende de su naturaleza más o menos adelantada. Para algunos es un castigo, la incertidumbre que tienen de su porvenir.

El espíritu puede apresurar el momento de su encarnación, solicitándolo, y también puede retardarlo, si retrocede ante la prueba, porque los hay cobardes o indiferentes, pero no lo hace impunemente, pues sufre en consecuencia, el retraso. Por otra parte, no puede retrasarlo indefinidamente, aunque se considere bastante feliz en una condición intermedia entre los espíritus errantes y no desee elevarse más. Pues el progreso es una necesidad que tarde o temprano experimenta el espíritu. Todos deben ascender, ese es su destino.

Escogiendo la prueba que quiere sufrir, por propia iniciativa y/o aconsejado por sus guías, el espíritu tiene destinado con antelación el cuerpo donde encarnará, con las características adecuadas (defectos o no) para lograr su fin. En ocasiones, la encarnación de un espíritu en un cuerpo determinado puede ser impuesta como expiación.

El momento en que un espíritu va a encarnar es muy solemne para él, y lo acompaña una turbación mayor y más prolongada que la que lo acompaña en el momento de desencarnar.

Al morir, el espíritu sale de la esclavitud, al nacer entra en ella.

La aproximación de la reencarnación es una especie de agonía para el espíritu. Tiene una gran ansiedad ante la expectativa de las pruebas que le esperan, de su éxito o su fracaso. Los espíritus que le aman, lo acompañan, le animan y a veces, hasta le siguen en la vida.

La unión del espíritu al cuerpo empieza en la concepción, pero no es completa hasta el momento del nacimiento. Desde el instante de la concepción, el espíritu designado para habitar en un cuerpo determinado se une a él por un lazo fluídico, que se va estrechando poco a poco, hasta que el niño es dado a luz. La unión del espíritu y el cuerpo es definitiva desde el momento de la concepción en el sentido que otro espíritu no podría reemplazar al designado para aquel cuerpo, pero como los lazos que a él lo unen son muy débiles, fácilmente se rompen y pueden romperse por la voluntad del espíritu que retrocede ante la prueba que ha elegido, pero entonces el niño no vive.

Por otra parte, si el cuerpo por las imperfecciones de la materia, muere antes de nacer, el espíritu escoge otro. Cuando el cuerpo muere pocos días después de nacer, sucede lo mismo. La importancia de la muerte es casi nula porque el ser no tiene conciencia bastante desarrollada de su existencia; y es, con frecuencia una prueba para los padres.

Desde el momento de la concepción, la turbación empieza a apoderarse del espíritu y va aumentando hasta el nacimiento. A medida que se aproxima, se borran sus ideas y el recuerdo del pasado, del cual ya no tiene conciencia cuando es hombre.

En la nueva existencia es preciso que aprenda a servirse de sus nuevos instrumentos y sus facultades se desarrollan gradualmente con los órganos; y estos a veces, son obstáculos por la rudeza de la materia.

En el estado de feto, propiamente hablando, no tiene un alma, puesto que la encarnación está envías de operarse, pero está ligado a la que ha de poseer, y el espíritu que debe animarlo existe en cierto modo, fuera de él.

Escribió Andrés Luiz (espíritu):

Al elevarse el espíritu en cultura y en conocimientos, y consecuentemente en responsabilidad, el proceso reencarnacionista individual es más complejo, alejándose, como es lógico, de la expresión general.

El cuerpo físico en la Tierra, representa una bendición de Dios. Constituye una primorosa obra de su sabiduría. ¿Cuánto debemos a la máquina humana por sus milenios de servicio a favor de nuestra elevación en la vida terrena? Nunca sabremos relacionar la extensión de semejante débito.

De igual modo que desencarnan diariamente en la Tierra, millares de personas, sin tener la menor noción del acto que realizan, hay muchos que reencarnan inconcientes del acto que realizan. Solamente las almas preparadas tienen comprensión real de la verdadera situación que confrontan en el acto de la muerte del cuerpo. De igual modo sucede al reencarnar.

La mayoría de los que regresan a la existencia corporal en la esfera del globo, es magnetizada por los bienhechores espirituales, que organizan sus nuevas tareas redentoras; y los que reciben ese auxilio, son conducidos al templo material de la carne, como criaturas adormecidas. El trabajo inicial que de rigor le compete en la organización del feto, pasa a ser ejecutado por la mente materna y por los amigos que los ayudan desde el plano espiritual.

Son innumerables los que regresan a la Tierra en esas condiciones, reconducidos por autoridades superiores a nuestra esfera espiritual de acción, con vista a las necesidades de ciertas almas encarnadas, de ciertos hogares y de determinadas agrupaciones.

El modelaje fetal y el desenvolvimiento del embrión, obedecen a leyes físicas naturales, como ocurre en la organización de formas en otros reinos de la naturaleza, pero en todos esos fenómenos, los ascendentes de cooperación espiritual coexisten con las leyes de acuerdo con los planos de evolución y de rescate.

Antes de reencarnar, el espíritu entre en proceso de unión fluidica con los padres, directamente. A medida que se intensifica semejante aproximación, él va perdiendo los puntos de contacto con los medios que consolidó en el plano espiritual. Esa operación es necesaria para que el periespíritu pueda retomar la plasticidad que le es característica. Éste tiene la misma identidad esencial, pero con el curso del tiempo, estando en el plano espiritual incorpora determinados elementos de los cuales es necesario que se deshaga, con el fin de que pueda penetrar con éxito, en la corriente de la vida carnal.

Si el espíritu al encarnar se encuentra en un estado de desconfianza, duda o temor, su inadaptación perturbaría el desenvolvimiento fetal y determinaría la muerte prematura de su nuevo cuerpo físico en el período infantil.

Los espíritus constructores (guías para reencarnar) realizan un trabajo de magnetización del cuerpo espiritual. Mientras, el espíritu que va a reencarnar mentaliza su regreso al refugio materno de la carne terrestre, recordando la organización fetal para que su periespíritu vaya tomando plásticamente (ideoplastia) la forma fetal y vaya entrando en estado de inconsciencia.

Los procesos de reencarnación, tanto como los de la muerte física, difieren hasta el infinito, no existiendo dos absolutamente iguales.

Las facilidades y los obstáculos están subordinados a numerosos factores, muchas veces relacionados con el estado conciente de los propios interesados en el regreso a la Tierra, o en la liberación de los vehículos carnales. Hay espíritus de gran elevación que, al volver a la Tierra en apostolado de servicio e iluminación, necesitan poca ayuda para reencarnar. Otros espíritus, a la inversa, por ser procedentes de zonas inferiores necesitan de mayor cooperación espiritual, y la reencarnación es mucho más laboriosa.

Hasta los 7 años desde el nacimiento, el espíritu guía de la reencarnación permanece muy cercano. En ese lapso se consolida la misma.

El organismo de los engendrados, en su expresión más densa, proviene del cuerpo de los padres, que les sustentan la vida y crean sus características con su propia sangre, pero, en semejante imperativo de las leyes divinas para el servicio de la reproducción de las formas, no debemos ver la subversión de los principios de la libertad espiritual, inmanente en el orden de la creación infinita. Por eso mismo, la criatura terrena hereda tendencias y no cualidades. Las primeras cercan al hombre que renace, desde los primeros días de la lucha, no sólo en su cuerpo transitorio, sino también en el ambiente general en que fue llamado a vivir, perfeccionándose; las segundas, resultan de la labor individual del alma encarnada, en la defensa, educación y perfeccionamiento de sí misma en los círculos benditos de la experiencia. Si el espíritu reencarnado estima las tendencias inferiores, las desenvolverá al reencontrarlas dentro del nuevo cuadro de la experiencia humana, perdiendo un tiempo precioso y menospreciando la sublime oportunidad de elevación. Pero, si el alma que regresa al mundo permanece dispuesta al servicio de auto-elevación, se sobrepondrá a cualquier exigencia innoble del cuerpo o del ambiente, triunfando sobre las condiciones adversas y obteniendo títulos de victoria de la más alta significación para la vida eterna. En sana conciencia, por tanto, nadie se puede quejar de fuerzas destructoras o de circunstancias asfixiantes, refiriéndose al círculo en que renació. Habrá siempre, dentro de nosotros, la luz de la libertad íntima, indicándonos la ascensión. Practicando la elevación espiritual, mejoraremos siempre. Esta es la ley.

...El cuerpo periespiritual que da forma a los elementos celulares, está fuertemente radicado en la sangre. En la organización fetal, el patrimonio sanguíneo es una dádiva del organismo materno. Después del nacimiento, se inicia el período de asimilación diferente de las energías orgánicas, en que el "yo" reencarnado ensaya la consolidación de sus nuevas experiencias y solamente a los 7 años de vida común, comienza a presidir, por sí mismo, el proceso de la formación de la sangre, elemento básico de equilibrio al cuerpo periespiritual o forma pre-existente, en el nuevo servicio iniciado. La sangre, por tanto, es como si fuera el fluido divino que nos fija las actividades en el campo material, y en su flujo y reflujo incesantes en la organización fisiológica, nos suministra el símbolo del eterno movimiento de las fuerzas sublimes de la creación infinita.

Cuando su circulación deja de ser libre, surge el desequilibrio o enfermedad, y si surgen obstáculos que impiden su movimiento o circulación de manera absoluta, sobreviene entonces, la extinción del *tonus* vital en el campo físico, al cual sigue la muerte con la retirada inmediata del espíritu.

Sin atender a las pesadas responsabilidades que le competen en la preservación del cuerpo físico, ningún hombre podrá realizar el progreso espiritual. El espíritu renace en la carne para la producción de valores divinos en su naturaleza, pero ¿Cómo atender a semejante imperativo, destruyendo la máquina orgánica, base fundamental del servicio a realizar?

El cuerpo terrestre es un patrimonio heredado hace milenios, y que la humanidad viene perfeccionando a través de los siglos. El plasma sublime, construcción efectuada al influjo divino con agua del mar en las épocas primitivas, e el fundamento primordial de las organizaciones fisiológicas. Por eso, mientras nos movemos en la esfera de la carne, somos criaturas marinas respirando en tierra firme.

En el proceso vulgar de la alimentación, no podemos prescindir de la sal; nuestro mecanismo fisiológico en rigor, se constituye del sesenta por ciento de agua salada, cuya composición es casi idéntica a la del mar, constituida por las sales de sodio, de calcio y de potasio. En la esfera de actividad fisiológica del hombre encarnado, se encuentra el sabor de la sal en la sangre, en el sudor, en las lágrimas, en las secreciones.

Al renacer en la superficie del mundo, recibimos con el cuerpo, una herencia sagrada cuyos valores necesitamos preservar, perfeccionándolo. Las fuerzas físicas deben evolucionar, al igual que el espíritu. Si nos ofrecen el cuerpo de servicio para nuevas experiencias de elevación, debemos retribuir con nuestro esfuerzo, auxiliándolas con la luz de nuestro respeto y equilibrio espiritual, en el campo del trabajo y de la educación orgánica.

El hombre de futuro comprenderá que sus células no representan apenas segmentos de carne, sino compañeras de evolución, acreedoras de su reconocimiento y auxilio efectivo. Sin ese entendimiento de armonía en el imperio orgánico, es inútil procurar la paz.

Los contornos y demás detalles anatómicos, van a desenvolverse de acuerdo con los principios de equilibrio y con la ley de la herencia. La forma física futura dependerá de los cromosomas maternos y paternos; sumado a ese factor primordial irá la influencia de los moldes mentales de la madre, la actuación del propio espíritu que va a reencarnar, el concurso de los espíritus guías que actuarán como funcionarios de la naturaleza divina invisible a nuestra mirada terrestre, el auxilio afectuoso de las entidades amigas que visitarán constantemente al reencarnante durante los meses que durará la formación de su nuevo cuerpo. Todo según el programa trazado para el bien del reencarnante. No al destino porque no hay que confundir plan constructivo con fatalismo.

Pormenores anatómicos imperfectos, circunstancias adversas, ambientes hostiles, constituyen en la mayoría de las veces, las mejores oportunidades de aprendizaje y de redención para aquellos que renacen.

La criatura renace con independencia relativa y a veces, subordinada a ciertas condiciones ásperas, en virtud de las finalidades educativas; mas semejante imperativo no suprime en caso alguno el impulso libre del alma, en el sentido de la elevación, estacionamiento o caída en situaciones más bajas. Existe un programa de tareas edificantes, a ser cumplidas por aquel que reencarna, por el cual, los directores del alma, fijan la cuota aproximada de valores eternos que el reencarnante es susceptible de adquirir en la existencia transitoria.

Todo plan en la esfera superior, tiene por objetivos fundamentales el bien y la ascensión; y toda alma que reencarna en el círculo planetario aún aquella que

se encuentre en condiciones aparentemente desesperadas, tiene recursos para mejorar siempre.

La reencarnación significa volver a comenzar en los procesos de la evolución. Los organismos más perfectos proceden de la ameba. Recomienzo significa "recapitulación" o "vuelta al principio". Por eso mismo, en su desenvolvimiento embrionario, el futuro cuerpo humano no puede ser distinto de la formación del reptil o del pájaro. Lo que opera la diferenciación de la forma, es el valor evolutivo contenido en el molde periespiritual del ser que toma los fluidos de la carne. Al regresar a la esfera densa, es indispensable recapitular todas las experiencias vividas en el largo drama de nuestro perfeccionamiento, aunque sólo sea por breves días u horas, repitiendo en curso rápido, las etapas vencidas o las lecciones adquiridas, hasta detenerse en la posición en la que debemos proseguir el aprendizaje.

Después de la forma microscópica de la ameba, surgirán las señales de la era acuática de nuestra evolución, y así en adelante, por todos los períodos de transición o estaciones de progreso que la criatura traspuso ya en la incesante jornada de perfeccionamiento, dentro de la cual nos encontramos ahora, en la condición de humanidad.

Si el elemento masculino de la procreación está repleto de fuerza positiva, el óvulo femenino lo está de fuerza receptiva. Si ese óvulo está imantado de energías equilibrantes, naturalmente ejercerá especial atracción el elemento que más se afine con su naturaleza intrínseca.

La célula masculina que alcance el óvulo en primer lugar para fecundarlo, no será la más apta en el sentido de "superioridad", y sí en el sentido de "sintonía magnética", en todos los casos de fecundación para el mundo de las formas.

Las células poseen también su "individualidad magnética" algo independiente, en el campo de las manifestaciones vitales. La célula femenina, en la mayoría de los casos, puede ejercer su actuación en la selección del elemento que ha de fecundarla.

El periespíritu del reencarnado se mantiene en permanente contacto magnético con el periespíritu de la madre.

Leemos a León Denis en "El problema del ser y del destino":

El espíritu avanzado, cuya libertad se acrecienta en proporción de su elevación, escoge el medio en donde quiere renacer, mientras que el inferior es empujado por una fuerza misteriosa a la cual obedece instintivamente, más, todos son protegidos, aconsejados, sostenidos en el pasaje de la vida del espacio a la existencia terrestre, más penosa, más temerosa que la muerte.

La unión del alma al cuerpo se efectúa por medio de la envoltura fluidica, de este periespíritu del que hemos hablado ya. Por su naturaleza sutil, servirá de lazo entre el espíritu y la materia. El alma está atada al germen por "este mediador plástico" que va estrechándose y condensándose de más en más, a través de fases progresivas de la gestación, hasta formar el cuerpo físico. Desde la concepción hasta el nacimiento, la fusión se opera lentamente, fibra a fibra, molécula a molécula. Bajo el influjo creciente de los elementos materiales y de la fuerza vital facilitada por las generaciones, los movimientos vibratorios del periespíritu del infante se aminoran y reducen, al propio tiempo que las facultades del alma, la memoria, la conciencia, se disipan y aniquilan. Es a esta reducción de las vibraciones fluiditas del periespíritu, a su oclusión de la carne, a lo que puede atribuirse la pérdida del recuerdo de las vidas anteriores. Un velo siempre más espeso envuelve al alma y apaga sus radiaciones

interiores. Todas las impresiones de su vida celeste y de su largo pasado se han hundido en las profundidades de lo inconsciente.

El papel del doble fluidico es considerable, él explica desde el nacimiento hasta la muerte, todos los fenómenos vitales. Poseyendo en sí el rasgo imborrable de todos los estados del ser desde su origen, imprime su huella, los trazos esenciales al germen material. En ello está la llave de todos los fenómenos embriogénicos.

Durante el período de gestación, el periespíritu se impregna de fluido vital y se materializa suficientemente para poder ser el regulador de la energía y el soporte de los elementos suministrados por los progenitores. Constituye también una especie de canevá, de red fluidica permanente, al través de la cual pasará la corriente de materia que destruye y reconstituye sin cesar durante la vida, el organismo terrestre.

Él es como el armazón invisible que sostiene interiormente la estatua humana. Gracias a él, la individualidad y la memoria se conservarán, se perpetuarán sobre el plano físico, a pesar de la parte cambiante y móvil del ser. Asegurará del mismo modo, el recuerdo de los hechos de la existencia presente; recuerdos cuyo encadenamiento, desde la cuna hasta el sepulcro, nos proporciona la certidumbre íntima de nuestra identidad.

La incorporación del alma no es, pues, espontánea, como ciertas doctrinas lo afirman; al contrario, es gradual y no llega a completa, definitiva, hasta la terminación de la vida uterina. En este momento, la materia encierra definitivamente al espíritu, quien deberá vivificarla por la acción de las facultades adquiridas. Largo será el período de desenvolvimiento, durante el cual el alma se aplicará a modelar su nueva envoltura, a plegarla a sus necesidades, a hacer de ella un instrumento capaz de manifestar sus potencias íntimas. Mas, en esta obra, estará asistida por un espíritu encargado de su guarda, de velar por ella, inspirarla y guardarla durante todo el período de su peregrinación terrestre.

...En la hora de las resoluciones supremas, antes de volver a descender en la carne, el espíritu percibe, penetra el sentido general de la vida que va a empezar. La ve aparecer en sus grandes líneas, en sus hechos más culminantes; siempre, sin embargo, modificable por su acción personal y el uso de su libre albedrío, puesto que, el alma es dueña de sus actos. Mas, desde que se ha pronunciado, desde que el lazo se anuda y la incorporación se completa, todo se borra, todo se desvanece.

En "Fundamentos del Espiritismo" J. Aizpúrua escribe:

La conciencia de las vidas anteriores se adormece en lo profundo del alma que encarna en un nuevo cuerpo, y este recuerdo, lejos de ser útil en la nueva vida, causaría enormes dificultades. La conciencia de las personalidades anteriores queda obliterada por el acoplamiento con un nuevo cuerpo, pero las adquisiciones y aptitudes intelectuales o artísticas y las cualidades morales conquistadas en las vidas precedentes, siempre se están expresando.

En la publicación de J.F.M.A. de "Amor, paz y caridad" titulada "El proceso reencarnatorio" leemos:

La etapa del proceso pre-encarnatoria en el espacio es la más importante, pues en ella se planifica totalmente como ha de ser, a grandes rasgos, nuestra existencia, y dependerá de cómo hagamos esta preparación, el que nuestra futura encarnación goce de determinadas garantías de éxito o no. Una vez realizado este importante paso, se debe proceder a la ejecución real de todo lo

planificado y plasmarlo en una nueva vida material. Vamos a analizar como se produce espiritualmente el proceso de toma de la materia.

No existen dos procesos iguales, siendo tantos los casos posibles, como espíritus existimos en el universo; sin embargo, sí existen similitudes entre ellos. Por ello nunca debemos generalizar o particularizar.

En la preparación de una nueva materia participan equipos de espíritus de elevada calidad espiritual, quienes se encargan de supervisar todo el proceso para que responda total y fielmente a los objetivos que ese espíritu encarnante tiene que afrontar y las deudas a pagar.

El trabajo de este equipo empieza incluso, antes de la fecundación material y se encarga entre otras cosas, de que es fecundación pueda llevarse a cabo en las mejores condiciones.

Existen casos en los cuales los espíritus que ahora son los futuros padres en el tierra, tienen débitos con el espíritu encarnante o viceversa. Esto hace que el compromiso que se hizo antes de encarnar tenga grandes dificultades a la hora de efectuarse.

Es posible en estos casos que haya rechazo por parte de la pareja, a la hora de presentir espiritualmente que se aproxima el momento de la encarnación de un futuro hijo. Este rechazo se puede captar, a veces, por medio de los sueños o con actitudes de repulsa, e impide que la fecundación pueda desarrollarse convenientemente, peligrando así el buen desenvolvimiento del feto en el seno materno. En estos casos, el mundo espiritual suele valerse de infinidad de situaciones para vencer esta negativa terrenal y cumplir con los objetivos pre-encarnatorios. Unas veces se vale del descanso nocturno para sacar a los padres de la materia e intentar refrescarles el compromiso adquirido y poniéndolos en contacto con el espíritu encarnante para favorecer el cambio de actitud. Otras, se vale del concurso de otras personas encarnadas que con su actitud sensibilicen a la pareja ante la posibilidad del embarazo.

Una vez creado el ambiente propicio para poder llevar a cabo el proceso en las mejores condiciones, se debe producir el paso necesario para la encarnación, que no es otro que la materialización física de ese nuevo cuerpo, que ha de servir de medio de evolución a este espíritu que va a encarnar. Tras la unión física, el aparente fenómeno biológico de la fecundación de la célula femenina por la masculina, responde a algo más que a una actividad puramente heredada genéticamente.

Efectivamente, en el plano espiritual se sigue muy especialmente, el proceso y se elige cuál ha de ser la célula masculina idónea, aquella que lleva internamente la carga genética adecuada en sus cromosomas, para poder transmitirla a la nueva materia, y que ésta pueda desarrollarse en las debidas condiciones.

Una vez producida la fecundación y dependiendo de la naturaleza del espíritu encarnante, se produce el fenómeno del ajuste espiritual a esa nueva materia. Es en este momento cuando se debe ir creando las condiciones que debe adoptar el periespíritu, que servirá de nexo de unión al espíritu con la materia.

En estos momentos y siempre auxiliado y dirigido por espíritus superiores, el encarnante, si goza de una cierta claridad espiritual, participará de una manera conciente y activa en el proceso, y será él mismo quien se irá acoplado a la nueva materia. En el caso de espíritus con escasa evolución, este proceso es totalmente inconciente y es realizado totalmente por las entidades espirituales que auspician la nueva encarnación. Es pues, fácil entender que en relación

con la categoría espiritual, el proceso encarnatorio puede ser más o menos fluido. Sin embargo, es los casos de espíritus muy elevados, deben hacer un gran esfuerzo para constreñir sus energías y adaptarlas a las necesidades de una nueva materia.

Desde ese momento, el espíritu ya se encuentra ligado a la nueva materia y no necesariamente ha de estar dentro del seno materno. Podemos afirmar que la unión definitiva del espíritu con la materia se produce en el momento de nacer y coincide generalmente, con los llantos del niño.

Así mismo, durante el desarrollo embriológico del nuevo ser, también se deben fijar los aspectos físicos por los cuales se ha de regir esa nueva materia. Es decir, sus características físicas: fuerza, vitalidad, actividad orgánica, actividad mental, deficiencias hereditarias, que deberá acusar, deficiencias orgánicas que determinarán en alguna época de la existencia, la aparición de cierta enfermedad, etc.

De la complejidad del proceso reencarnatorio se puede deducir la gran ayuda que todos tenemos a la hora de nuestro regreso a la materia. De todo esto se desprende la gran importancia que tiene para el nuevo ser la actitud positiva de los padres y su armonía espiritual, de manera que pueda ser transmitida al reencarnante, beneficiándole a través de la gestión.

Este punto tiene mucha importancia, ya que no toda la responsabilidad de una nueva encarnación recae en la preparación por parte del mundo espiritual, sino que, también en los padres recae una gran parte de ella, pues son los continuadores de esa obra empezada mucho tiempo antes en el espacio, y que ellos han materializado con su amor. El engendrar a un nuevo ser, deseándolo y siendo conscientes de ello, el demostrarle el cariño y el afecto a ese nuevo ser, durante el embarazo, y posteriormente tras el nacimiento, el saberlo educar con corrección y prestándoles las mayores atenciones posibles, harán que ese espíritu, a pesar de sus tendencias o sus virtudes, pueda desenvolverse mejor en la Tierra y pueda, en definitiva, transmitir a la materia, aquello que ha venido a realizar.

El proceso reencarnatorio finaliza como tal, a los 7 años, aproximadamente, y coincide con el momento en que el espíritu se acopla definitivamente a la materia. Será a partir de ese momento cuando se empezarán a observar las verdaderas cualidades y deficiencias de ese nuevo ser.

NOTAS SOBRE GENÉTICA Y HERENCIA

Oswald Avery: médico investigador del Instituto Rockefeller, en la década de 1.940 aportó pruebas de que el ADN desempeñaba papel fundamental en la transmisión genética.

ADN: está formado por largas cadenas de moléculas más pequeñas llamadas nucleótidos. Éstos están formados por 1 molécula de azúcar (desoxirribosa), 1 molécula de fosfato y 4 bases nitrogenadas, llamadas adenina, timina, citosina y guanina.

La manera más sencilla de visualizar su forma es imaginarse una larga escalera de hule retorcida sobre su largo eje. Moléculas de azúcar y fósforo alternadas forman las piernas de la escalera. Los escalones están formados por las bases nitrogenadas, y lo que es más importante, las diversas bases nitrogenadas de las dos hebras, unidas por enlaces de hidrógeno, van siempre apareadas de manera especial; de modo que conociendo el orden de las bases nitrogenadas en una hebra podemos determinar el orden de la otra. Sólo las permutas de las 4 bases son variables, aún cuando, en cada especie actúan siempre algunas enzimas que impiden la intrusión de ADN de otras especies.

Duplicación: cuando el ADN se reproduce, las hebras originales se separan primero en los enlaces de hidrógeno para formar 2 hebras separadas, a la manera de un cierre de cremalleras que se separa. En el núcleo de la célula se encuentran las bases de un depósito de nucleótidos libres que se enlazan con las bases adecuadas de la cadena para formar una cadena complementaria. El resultado es que se forman 2 nuevas cadenas a lo largo de las cadenas originales para constituir dos nuevas hélices, cada una de ellas idéntica a la hélice de la que se derivaron. Cuando las células se dividen de esta manera, la información genética se preserva y transmite sin modificación, a las células hijas. El ADN que se encuentra en nosotros hoy es un descendiente continuo y directo del ADN que existió hace millones de años.

Una de las principales consecuencias de todos los procesos sexuales es que el cigoto formado a partir de la fusión de las dos células sexuales o gametos, es decir, el óvulo y el espermatozoide, contiene el doble de cromosomas que un gameto por separado.

Si las generaciones siguientes también se reproducen de la misma forma, el número de cromosomas se iría duplicando indefinidamente.

Esto no sucede, ya que mediante una división celular especial, la meiosis, el individuo fruto de dicho cigoto, únicamente transmite a cada uno de sus gametos la mitad del juego cromosómico. Durante esta reducción se produce además un fenómeno de intercambio de fragmentos de ADN materno y paterno que los biólogos conocen como *crossing over*.